

El Salvador: ¿hacia dónde?¹

Omar Serrano

Vicerrector de Proyección Social de la
Universidad Centroamericana
“José Simeón Cañas”

Palabras clave:

presidente, Gobierno, realidad, FMLN,
población, ARENA.

Resumen

El Salvador vive un nuevo estilo de gobernar, hecho posible gracias a la incapacidad y la corrupción de los Gobiernos de la posguerra. Hasta el momento, del Gobierno no se conocen sus planes y apuestas estratégicas. Los cambios en la forma de ejercer el poder destellan signos de un Gobierno autocrático bien recibido por la mayoría de la población. Su empeño en ganar a toda costa la mayoría de escaños y alcaldías en las elecciones de 2021 y la búsqueda del apoyo incondicional de las Fuerzas Armadas y la Policía apuntan hacia el autoritarismo. Los signos que ha dado revelan también la apuesta por el neoliberalismo, una “diplomacia del billete” que posibilita a la vez el sometimiento a los Estados Unidos y recibir dádivas del Gobierno chino. La población ha dado signos de que en estos tiempos su apoyo no es incondicional y todo dependerá de que las promesas y esperanzas se conviertan en realidades para que este apoyo no troque, una vez más, en decepción colectiva.

1 El artículo es una adaptación y actualización de la ponencia “¿Hacia dónde va El Salvador? ¿Qué escenarios podemos esperar?”, compartida en la Cátedra de Realidad Nacional el 12 de noviembre de 2019, en el contexto del XXX Aniversario de los Mártires de la UCA.

Introducción

En materia de realidad social, política y económica, no deja de ser pretencioso hablar sobre futuros escenarios, más aún cuando el actual Gobierno se ha caracterizado por hacer anuncios y promesas, pero sin socializar sus planes y políticas públicas. En días recientes, el Dr. Héctor Dada dijo, palabras más palabras menos, que “quien diga que conoce cuál es el rumbo del país miente, porque nadie sabe para dónde vamos”. Compartiendo esta afirmación, aquí no pretendemos anunciar, en la línea del determinismo histórico, para dónde vamos como país. Más bien vamos a hablar sobre posibilidades que arroja la realidad, en la línea que siguió Ignacio Ellacuría. Hablamos de posibles escenarios, que no son antojadizos, sino fruto de una mirada reflexiva a los signos que ha mostrado el Gobierno actual en sus primeros meses de gestión.

Sin embargo, antes de entrar en esos escenarios, creemos pertinente hacer dos puntualizaciones para contextualizarlos.

a. El pasado reciente es el prólogo del presente

No se puede entender bien lo que está pasando sin tener en cuenta el pasado reciente del país. La sociedad salvadoreña pasó de las ofertas fracasadas de ARENA al cambio no realizado por el FMLN.

En las postrimerías de la guerra, se negoció la paz a la vez que se negoció, bajo la mesa, la imposición del neoliberalismo y también una especie de intercambio de impunidades que perdura hasta nuestros días. Se ofreció, además de vivir en paz, el desarrollo del país, la creación de fuentes de empleo, mejorar las condiciones de vida de toda la población. Pero poco de eso se logró. Solo crecimos más, económicamente hablando, recién terminada la guerra y fue a base, especialmente, del gasto público y de las donaciones para la reconstrucción. Precisamente

cuando más necesitamos un Estado fuerte para reconstruir un país resquebrajado por la guerra, se debilitó su capacidad en nombre de la liberalización económica y del sometimiento al sacrosanto mercado. Y entonces la violencia encontró una vez más caldo de cultivo en nuestro país. Y la paz tan anhelada no llegó.

Por primera vez, diecisiete años después de la firma de los Acuerdos de Paz, en el 2009 se respiró un nuevo aire de optimismo y esperanza, por lo menos para la mayoría de la población. La gente creyó en la promesa de cambio ofrecida por el FMLN en alianza con diversos sectores. A muy poco de iniciado el primer gobierno del FMLN, en algunos círculos, la discusión era si realmente se trataba del inicio de una nueva etapa o más bien del cierre de la anterior. Resultó no ser ninguna de las dos. El cambio casi solo consistió en la alternancia en el poder, que no era poco, pero no era lo único ni lo principal que se esperaba. Lo que en realidad resultó siendo el Gobierno del FMLN fue la continuación de lo mismo con muchos de los vicios de la vieja política, algunos de ellos perfeccionados. Del neoliberalismo, en palabras de un alto dirigente del FMLN, solo se intentó detener su avance, pues se consideró muy difícil contrarrestarlo. Para ser justos, sí hay que reconocer que se hicieron algunas reformas, pero, siendo realistas, hay que decir también que no fueron sustanciales y el cambio prometido, por diversas razones, nunca llegó.

Así llegamos al hartazgo de la población. Había una gran decepción por la corrupción e incapacidad de los partidos. También decepción con la democracia que pagó los platos rotos de la falta de credibilidad en una institucionalidad que resultaba disfuncional. Es decir, los resultados de las elecciones del 3 de febrero de 2019 vinieron a confirmar la crisis de legitimidad de los instrumentos políticos más importantes para la democracia. Por otra parte, las elecciones llegaron con las valoraciones y calificaciones más bajas en el desempeño del Órgano Ejecutivo en las tres

últimas décadas² y los niveles de rechazo a los dos partidos que se turnaron la presidencia después de los Acuerdos de Paz se hicieron altamente significativos.

b. Vivimos una coyuntura inédita

La segunda puntualización señala que la llegada al Gobierno de Nayib Bukele supone una novedad en la historia reciente del país. Estamos ante un Gobierno de clara tendencia derechista, resultado de los votos provenientes, esencialmente, de la izquierda. Con un liderazgo presidencial indiscutible que no tiene contrapesos en la vida pública y que se ha demostrado avasallador de la llamada clase política, el presidente Bukele ha hecho magia con el Twitter con el cual ha hecho lo necesario para hacerse amar y hacerse temer. Tiene las condiciones externas para ser un buen gobernante, incluyendo el público respaldo del Gobierno de los Estados Unidos, pero sus actuaciones han sembrado serias dudas sobre su vocación democrática.

Llegó a la presidencia sin propuestas claras y con proyectos poco realistas. Fue un candidato sin contacto presencial con los votantes, sin partido propio, sin alianzas sociales claras; su estrategia electoral incluyó denigrar a los adversarios por las redes sociales. A pesar de lo anterior, nunca antes un presidente ha tenido el capital político que tiene el actual. Los niveles de aprobación son extremadamente altos. En la encuesta del IUDOP de los primeros 100 días de gobierno, la población le otorgó una nota de 8.37, la más alta adjudicada a un presidente en ese período. Al final de 2019, esa disminuyó en la encuesta de evaluación de año a 7.8, calificación que sigue siendo alta, más alta que la de sus predecesores, pero que refleja una disminución significativa. El apoyo a su gestión y la

valoración positiva de la persona del presidente siguieron siendo muy elevados.

Thomas Hobbes dijo que “al deseo acompañado de la idea de satisfacerse, se le denomina esperanza; despojado de tal idea, desesperación”. En este sentido, sin duda, la sociedad salvadoreña vive un momento de esperanza. El deseo de transformación postergado tanto tiempo se ha encontrado con la idea de satisfacción por la llegada del nuevo presidente. Pero la gente no cierra los ojos a la realidad, porque sigue percibiendo que las cosas no están bien, pero se aferra a la esperanza de que este Gobierno las cambie. El tiempo dirá si ese sentimiento se mantiene como esperanza, se vuelve realidad o se convierte en desesperación.

¿Qué podemos esperar entonces?

Dicho lo anterior, lo que sigue, como dijimos arriba, son solo posibilidades que han sido formuladas con base en lo que ha dejado ver el nuevo Gobierno en estos meses de gestión. Probablemente algo de lo que diremos puede sonar atrevido; para algunos quizá estemos equivocados. Nosotros preferimos compartir estas valoraciones, no porque queramos que el tiempo nos dé la razón, sino porque no queremos lamentar después no haberlas compartido a modo de advertencias que hay que tener presentes.

1. Asistimos a la llegada de un Gobierno autocrático

En el único artículo de la UCA que ha sido “censurado” en su cuenta de Facebook desde que la universidad comenzó a publicar en esta red social desde el año 2010³, afirmábamos que los signos dados por el entonces candidato ganador de las elecciones apuntaban a que “tendríamos a un presidente con una

2 En la encuesta de evaluación de Gobierno, del IUDOP, publicada el 29 de mayo de 2019, la población le dio al presidente una nota de 4.38, la más baja de toda su gestión y la más baja adjudicada a todos los presidentes al terminar su gestión.

3 “¿Qué cabe esperar del nuevo Gobierno?”, 15 de marzo de 2019. <https://noticias.uca.edu.sv/articulos/que-cabe-esperar-del-nuevo-gobierno>

visión autoritaria, en la que lo único que vale es su palabra”. Más de medio año después de iniciada la gestión de Bukele, esta sospecha no se disipó, más bien se ha fortalecido.

En primer lugar, efectivamente, las cosas han cambiado. Asistimos a lo que llamaremos la “divinización” del poder. Los relatos etiológicos del Génesis bíblico nos muestran al poder de Dios manifestado en su palabra: “Que haya luz y hubo luz”. “Que las aguas debajo del cielo se junten en un solo lugar, para que aparezca la tierra seca... y eso fue lo que sucedió”. El poder de la palabra de Dios se muestra en que su palabra es creadora de realidad. Una manera de demostrar poder del actual presidente es pretendiendo hacer ver que su palabra cobra realidad. “Se ordena a la Fuerza Armada de El Salvador (FAES) retirar de inmediato el nombre del coronel Domingo Monterrosa del Cuartel de la Tercera Brigada de Infantería, en San Miguel” (1 de junio, 6:58 p. m.). Al día siguiente, en 27 minutos, se cumplió la orden. “Se le ordena al Ministro de Gobernación que remueva al director de protección civil, acusado del magnicidio de nuestro poeta Roque Dalton” (13 de junio, 3:32 p. m.)... “Está hecho, Señor Presidente (4 de junio)”, le respondió el funcionario. Al anterior presidente, en la presentación que se hacía del mandatario en los actos oficiales como las cadenas de radio y televisión, se le llamaba “profesor”. Ahora, al actual mandatario se le llama en esos actos “su excelencia”. El presidente se ha valido de Twitter para despedir, humillar, reprender a funcionarios, amenazar a otros. De alguna manera, eso es jugar al todopoderoso, al intocable. La conmemoración del 15 de septiembre que incluyó ejercicios militares que terminaron con los capturados hincados ante la pareja presidencial, siendo apuntados con los cañones de los fusiles, rememoraban los tiempos del César romano que decidió sobre la vida y la muerte.

En el capítulo XVIII de *El príncipe*, Nicolás Maquiavelo, cuando instruía sobre el modo como los príncipes deben cumplir sus promesas, le decía lo siguiente:

“Los hombres, en general, juzgan más por lo que ven que por el trato, porque todos pueden ver, pero pocos pueden tratarte. Todos ven lo que pareces ser, mas pocos saben lo que eres; y estos pocos no se atreven a oponerse a la opinión de la mayoría”.

Efectivamente, en El Salvador estamos ante algo distinto. Estamos, por lo menos, ante una nueva forma de gobernar que tiene avasallada a la clase política y sorprendida a la opinión pública. Un presidente con la mayor popularidad de la historia reciente del país que, sin embargo, no tiene contacto directo con la población, que antepone su opinión a la ley y que humilla a quien no le es incondicional. Es decir que exhibe rasgos de un estilo autoritario de gobernar. Que cambie el estilo de gobernar no quiere decir que cambie el fondo. El problema es que se pueden cambiar las formas, pero sin cambiar el fondo. Se puede cambiar la manera de proyectar la política, pero seguir haciendo lo mismo de siempre. Bukele ha demostrado hasta hoy que se puede combatir el nepotismo haciendo más nepotismo. Para algunos analistas, lo que el presidente ha hecho es conformar un Gobierno familiar y de sus amigos más cercanos. No hay nepotismo bueno y nepotismo malo como en el fondo se quiere vender. Nepotismo es nepotismo, sea del FMLN o del actual Gobierno. Los miles de despidos desde que inició el presente Gobierno demuestran que en esta nueva manera se puede despedir sin respetar los derechos adquiridos, violando la ley; se puede decir que se elimina la partida secreta, pero seguir haciendo lo mismo por otros mecanismos. Se puede denigrar, perseguir, linchar, solo que hoy a través de las redes sociales.

Este Gobierno, especialmente el presidente y algunos funcionarios que reproducen su estilo, ha comenzado a gobernar desde un pedestal, mirando a todos hacia abajo. A los diputados, a la Corte Suprema de Justicia, a los partidos políticos y a todo el que no piense como él.

En segundo lugar, asistimos a una concentración del poder. En el mundo moderno, a la autocracia también se le llama “dictadura” o “tiranía”, aunque no son exactamente lo mismo. La principal característica de la autocracia es la concentración del poder en una sola persona, a la que, a veces, se le puede hasta divinizar. La frase “El Estado soy yo” se le atribuye a Luis XIV, rey de Francia y Navarra, en el siglo XVII. Esta afirmación, que se considera el lema de absolutismo, fue pronunciada por el monarca al ver las largas discusiones en la Corte francesa para aprobar sus edictos. La frase expresa lo absurdo que Luis XIV consideraba las discusiones porque esperaba que todas sus propuestas fueran apoyadas sin cuestionamientos en la Corte. Probablemente la frase en este tiempo sería “El Gobierno soy yo”. De diversas maneras, el actual presidente ha mostrado su convicción de que él encarna la figura que debe decidir los destinos del país. Con un insistente “aprieten el botón rojo”, presionó a los diputados de las fracciones legislativas para que aprobaran un préstamo por 91 millones de dólares para seguridad. En un conflicto personal con el presidente del partido ARENA, Bukele escribió que “este gobierno no reconoce al presidente de ARENA”, haciendo cuestión de Estado lo que era un conflicto personal. Un rasgo característico de la autocracia es su renuencia a la transparencia y al respeto la libertad de expresión. En este Gobierno, para conseguir una entrevista con un alto funcionario, hay que hacer la solicitud directamente a Casa Presidencial, no en los despachos de cada secretaría, como se hacía antes. Después de más de seis meses de que comenzó su gestión, Bukele no ha dado ninguna entrevista a ningún medio de comunicación nacional porque su estilo de comunicación es “unidireccional”, sin admitir ninguna retroalimentación. Toda intervención de algún funcionario público tiene que invocar la figura del presidente y despotricar sobre todo contra el FMLN y, cuando se pueda, contra ARENA también. En esta lógica, los funcionarios aparecen solo como colaboradores del

presidente, no como sus interlocutores; están sometidos a su autoridad y poder.

En tercer lugar, asistimos al predominio de la realidad virtual sobre la realidad fáctica. Sin pretender negar lo que de realidad tenga el mundo virtual, lo que señalamos es que la realidad no se agota en él, es más amplia y más compleja. “Vamos a vivir en una realidad virtual que, queramos o no, es cada vez más, el mundo real”. La frase no es nuestra, es del presidente de la República en el discurso que dio en la Asamblea General de la ONU el pasado 26 de septiembre. En efecto, asistimos a la tendencia de vivir en un blog, una realidad que no tiene correlato en la cotidianidad, pero que se sobrepone a ella. La complejidad de la realidad ha sido reducida a una narrativa simple. Asistimos, entonces, a un escenario bajo el dominio de las apariencias. La actividad del Gobierno se ha caracterizado más por anuncios y gestos que por realidades. Decía Konrad Adenauer, el primer canciller de la República Federal de Alemania y uno de los padres de Europa, que “[e]n política lo importante no es tener razón, sino que se la den a uno”. Pareciera que este es un lema del Gobierno. Se anuncian planes de salud y al mismo tiempo se piden los datos para hacerlos. Se pone la primera piedra de obras importantes, como el baipás de San Miguel y se publicitan como ya hechos. Se hacen cambios aparatosos de funcionarios y empleados públicos, argumentando el favoritismo y el nepotismo del anterior Gobierno, para llenarlas con los mismos vicios.

Estos son algunos de los signos que obligan a estar atentos ante el peligro de una autocracia. La consecuencia más dañina para el país de seguir esta tendencia es el debilitamiento de la institucionalidad. Un líder autocrático no puede convivir con ningún tipo de control. ¿Cuánto nos ha costado al pueblo salvadoreño construir la poca institucionalidad que tenemos como para perderla? El principal argumento para saltarse las instituciones es el capital político que tiene el presidente. “Le advirtió a la CSJ que no se metiera con sus despidos porque el pueblo los respalda”.

Ha chantajeado a los diputados para que aprueben sus propuestas porque “así lo quiere el pueblo salvadoreño” Y si no lo hacen, el 2021 la van a pagar. Y como tanto ARENA como el FMLN han ocupado las instituciones a su favor, debilitándolas, le han dejado bastante encaminado el trabajo al nuevo Gobierno, si es que así se sigue actuando.

2. Un Gobierno volcado a lograr mayoría en 2021

Nuevas Ideas tiene como meta copar la Asamblea Legislativa en el 2021. En el 2019, Nuevas Ideas pescó, sobre todo, en aguas del FMLN. Gustavo López Davidson, presidente de ARENA, afirmó que “Bukele se fue a pescar al FMLN y seguirá pescando en el FMLN, hasta que se lo acabe definitivamente”. Razón tiene en decir esto. Pareciera que es consigna para todo funcionario no desperdiciar ninguna oportunidad para despotricar contra el FMLN. Pero existe la posibilidad de que López Davidson se haya quedado corto porque el actual Gobierno quiere seguir pescando en aguas del FMLN en el 2021, pero la pesca no será suficiente para tener mayoría. Por tanto, Nuevas Ideas tendrá que pescar también en el río revuelto de ARENA y seguirá, probablemente con el mismo o con otro eslogan, metiéndolos en el mismo saco: “Los mismos de siempre”. El actual conflicto entre el presidente de la República y el presidente de ARENA puede ser solo un presagio de lo que sucederá en adelante. Hasta GANA, el partido por el cual está en la silla presidencial Bukele, al competir por separado de Nuevas Ideas el próximo año en las elecciones legislativas y municipales, se puede convertir también en un partido irrelevante para la correlación de fuerzas en la Asamblea Legislativa. La buena noticia para Nayib Bukele es que no tiene oposición en estos momentos. No solo es que no tenga oposición; es que, con sus actuaciones, los partidos de oposición se han vuelto aliados del Gobierno. Están teniendo un comportamiento tan errático que le están haciendo un favor al presidente. Los escán-

dalos del galopante nepotismo de GANA, de los sueldos para gente que no trabaja en el PCN y la actuación, intencionada o no, del fiscal general en los casos de corrupción para exfuncionarios y militantes del FMLN, presagian que el objetivo del presidente no está lejano. Si este objetivo llega a cumplirse, la autocracia de la que hablamos arriba estaría a la vuelta de la esquina.

3. Un presidente que pretende la incondicionalidad de los militares y de la PNC

No hay régimen autocrático que a la larga no se sostenga con la fuerza de las armas. Nicaragua, Venezuela, Honduras, Guatemala tienen presidentes que se mantienen en el poder gracias, en gran medida, al respaldo del ejército. Curiosamente, el presidente de Bolivia perdió el respaldo, primero de la policía y después de su ejército, y tuvo que abandonar el poder y su país.

El FMLN rompió los registros en utilizar a la Fuerza Armada para tareas de seguridad pública contradiciendo el espíritu de los Acuerdos de Paz que él negocio y la Constitución de la República. Y no le funcionó. El actual Gobierno ha hecho trizas esos números. Es más, públicamente ha anunciado el aumento de efectivos del ejército en las calles. El 15 de septiembre asistimos a una conmemoración de la Independencia, por un lado, equivocada y, por otro, ilustrativa sobre lo que se puede esperar. La conmemoración tuvo nombre: “Héroes”. Y se llamó héroes de la Independencia a las Fuerzas Armadas y a la Policía, que ocuparon la mayor parte del tiempo en el desfile oficial.

Del dinero que reciben las Fuerzas Armadas por los efectivos y el equipo, incluidos tres helicópteros, que envía a las Misiones de Paz de las Naciones Unidas, no ha dicho ni una palabra el presidente, que enarbola la bandera de la anticorrupción.

El primer golpe de mesa del presidente, el mismo día en que tomó posesión, fue la orden de borrar el nombre del general

Domingo Monterrosa de la brigada de San Miguel. Pero después de eso... ya no hubo más. Pareciera que el mandatario busca la incondicionalidad de las Fuerzas Armadas... por cualquier eventualidad. Después de todo, la tónica de los distintos Gobiernos siempre ha sido tener a su disposición un ejército, no para proteger a la población, sino para proteger sus propios intereses.

4. Vamos hacia una política exterior no de aliados o socios, sino de sumisión

Estamos hablando especialmente de la relación con los Estados Unidos. Sobre este escenario hay suficientes indicios, aunque hay que reconocer que el presidente ha sido un buen malabarista impulsando también la profundización de la relación con China.

Lo más relevante en esta nueva etapa de relaciones con el principal socio comercial del país y con el principal destino de su migración es que, a cambio de lo que puedan dar los Estados Unidos, pareciera que se está dispuesto a entregar soberanía. Aunque hay empeño en usar diversos eufemismos, el país, al igual que México, Guatemala y Honduras, ha sido declarado tercer país seguro, lo que no es más que una aporía en todos los casos. Se han firmado convenios que ceden datos biométricos de los salvadoreños. El Salvador ha roto relaciones con los regímenes de Venezuela y Nicaragua, que están enfrentados diplomáticamente con los Estados Unidos, pero mantiene relaciones con el aliado estadounidense Juan Orlando Hernández, de Honduras, cuyo régimen fue calificado por Bukele como “dictadura” y “narcoestado”.

Las relaciones con los Estados Unidos han mejorado tanto que el embajador Ronald Douglas Johnson apareció junto al presidente Bukele anunciando una prórroga del Estatus de Protección Temporal (TPS, por sus siglas en inglés), atribuyéndola a los méritos del presidente salvadoreño, pero los mismos funcionarios estadounidenses se encargaron de desmentir esta versión. Primero, no se trató de una extensión ni una renovación

del estatus; más bien la medida consistió en una “prórroga” obligada por razones ajenas al Gobierno salvadoreño. Un par de días después del anuncio para los “tepesianos” salvadoreños, se hizo otro igual para los nacionales de Nicaragua y Honduras que están en la misma condición de protección temporal. La medida también incluyó a nacionales acogidos al TPS originarios de Haití, Nepal y Sudán. La razón de fondo la explicó el Departamento de Seguridad Nacional de los Estados Unidos en un comunicado. La prórroga se implementó para cumplir órdenes judiciales de cortes de California y Nueva York, por demandas contra la decisión de cancelar el programa temporal.

Los signos apuntan a la continuidad a la doctrina Monroe y a que vamos a seguir siendo el patio trasero. El presidente Bukele considera *cool* y *nice* a un presidente norteamericano catalogado como racista, sexista, clasista y xenófobo.

Las buenas relaciones que el nuevo Gobierno ha entablado con los Estados Unidos, según algunos de sus defensores, se pusieron en peligro con el viaje de Bukele a tres países asiáticos, especialmente a China. El anuncio de todo lo logrado por el presidente, a cambio supuestamente de nada, aplacó los ánimos. Esta habilidad del presidente salvadoreño para quedar bien con los dos países antagonicos en el comercio mundial solo puede entenderse desde la diplomacia del billete. La medida para decidir si una relación es o no conveniente para el país son las dádivas que se puedan conseguir. Con los Estados Unidos, a cambio de soberanía; con China está por verse.

5. Vamos a una profundización del neoliberalismo

Al igual que la anterior, esta premisa no es muy difícil de demostrar. Lo más grave, como sucede en el caso de la política de seguridad, es que se apuesta por modelos fracasados, que ya demostraron que producen frutos contrarios a los que anuncian.

Chile, el modelo de país, el espejo donde todos los países teníamos que vernos, el abandonado del neoliberalismo, es ahora el mejor ejemplo de que ese modelo de privatización de las pensiones, de la salud, del agua, de los socios público-privados solo lleva a la desigualdad, al desamparo de la mayoría de la gente y a la convulsión social. Y parece que por este modelo va a apostar el actual Gobierno. Un modelo que nació en los años ochenta, que cobró carta de ciudadanía en los noventa, que entró en crisis a principios de este siglo y que se ha revitalizado en esta segunda década del nuevo milenio en su versión más cruel, la extractivista. Un modelo cuyo mayor y único éxito es la concentración de la riqueza en pocas manos, y cuyas víctimas principales son el ser humano y la naturaleza. Si este modelo se impulsa como parece ser, entonces hay que prepararse para una mayor depredación del medio ambiente y para una pauperización de la clase trabajadora.

6. A la sociedad civil retomando su lugar

Nuestro análisis parte del cansancio y el hartazgo al que llegó la población y que fue aprovechado por Bukele al presentarse como diferente a los partidos tradicionales.

Las encuestas realizadas antes y después de la toma de posesión del actual presidente revelan un respaldo inédito a su gestión. Algo parecido, pero en menor proporción, se vivió al inicio de la presidencia de Mauricio Funes. La sociedad salvadoreña fue tolerante durante veinte años con cuatro Gobiernos de ARENA. Esa tolerancia se redujo a diez años en los dos Gobiernos del FMLN. Como se dijo arriba, la gente se hastió de las promesas fallidas de uno y del cambio no cumplido del otro. Con el Gobierno de Nayib Bukele, la población no será tan tolerante, en el caso de que no vea hechas realidad las promesas de campaña. Ciertamente hay clima de optimismo colectivo fundado en la esperanza de que este Gobierno encuentre soluciones a los grandes problemas del país. En este sentido, la estra-

tegia de comunicación implementada por el actual Gobierno desde la campaña electoral, incluida la guerra sucia por las redes sociales, ha sido exitosa y es responsable, en gran medida, de la popularidad del presidente y de la percepción positiva de la población. En la medida en que los resultados del Gobierno de Bukele cumplan las expectativas de la población, el apoyo social se mantendrá; pero si las personas comienzan a ver que el discurso no tiene correlato en la realidad, entonces la población irá mostrando su desaprobación.

El presidente y su equipo están conscientes de esto, saben que en las encuestas del IUDOP la nota del presidente pasó de 8.37 en sus primeros cien días, a 7.8 al cumplir los seis meses de gobierno, calificación que sigue siendo muy favorable, pero que obliga a la reflexión. En las encuestas hay diversas percepciones cuando se pregunta por lo que se espera y por lo que se vive; muy positiva la primera, muy crítica la segunda. Si la población no percibe beneficios concretos que trasciendan la virtualidad, el actual Gobierno irá perdiendo el apoyo social que tiene hasta el momento. Hay hechos que revelan una toma de conciencia ciudadana que ha ido *in crescendo*. La lucha por prohibir la minería demostró esta toma de conciencia y la interminable lucha porque se reconozca el derecho humano al agua en la Constitución y porque se apruebe una Ley General de Aguas en consonancia con ese derecho ha tenido muestras inéditas, en los últimos años, de respaldo social. Cartas, firmas, movilizaciones, comunicados son algunas herramientas que la población organizada ha utilizado para hacer entender a los diputados y las diputadas que legislen para el bien de la colectividad y no para el lucro de una élites insaciables y depredadoras de los recursos naturales.

A manera de conclusión

Reiteramos que lo escrito no es antojadizo y lo decimos en modo de advertencia, deseando que no ocurra. Pero que no ocurra no solo depende del Gobierno; también depende de la sociedad. La población

organizada y la no organizada no pueden permanecer expectantes a que las autoridades cumplan o no, sino que deben exigir activamente que se cumplan las promesas y denunciar las desviaciones. Ciertamente, el régimen presidencialista que nos rige se presta para caminar a la absolutización del poder y la debilidad de los contrapesos institucionales no abona a que se avance en democracia. Pero la población no debe olvidar nunca que el poder corrompe, pero el poder absoluto

corrompe absolutamente. Por eso, la razón y la ética exigen recordarle a Casa Presidencial que no puede confundir el fin con los medios, que entre el conmigo y contra mí hay muchos grises, muchos. La diversidad de pensamientos puede ser una riqueza para el país. Sentir asco por lo que no apoyan todo lo que se dice y se hace, aunque sea un exiguo porcentaje, puede confirmar las sospechas de la ausencia de una vocación democrática.